



---

La promesa del futuro: La dialéctica de la emancipación femenina en "Nada" de Carmen Laforet

Author(s): Mariana Petrea

Source: *Letras Femeninas*, Vol. 20, No. 1/2 (PRIMAVERA-OTOÑO 1994), pp. 71-86

Published by: Asociacion Internacional de Literatura y Cultura Femenina Hispanica

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/23022636>

Accessed: 18-03-2017 00:58 UTC

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://about.jstor.org/terms>



*Asociacion Internacional de Literatura y Cultura Femenina Hispanica* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Letras Femeninas*

## **La promesa del futuro: La dialéctica de la emancipación femenina en *Nada* de Carmen Laforet**

Mariana Petrea  
*University of Portland*

Por más de 40 años, la novela *Nada* (1945) de Carmen Laforet ha sido un testimonio de la circunstancia histórica, una obra de imaginación chispeante que dejó su marca en el período inmediato de la posguerra conocido por privaciones materiales y limitaciones ideológicas.

En el momento de recibir el premio Nadal en 1944 por este primer intento literario, la escritora apenas sobrepasaba en edad a la joven protagonista de la novela. No obstante el apasionamiento juvenil de Laforet al retratar un año en la vida de la adolescente Andrea, quien llega a Barcelona para empezar estudios universitarios, sus experiencias que se perfilan sobre la sombría existencia cotidiana desprovista de exageraciones, y de modo especial sus conflictos interiores, permiten al lector presenciar el proceso de representación de un cambio. Es una alternativa de transformación que la aparta de la figura tradicional y que logra una radical autenticidad en la novela.

Este estudio subraya los recursos de la imaginación femenina para analizar la dinámica de la dialéctica de la emancipación, cambio en el que la heroína asume el papel de narradora en la novela. Según Patricia Meyer Spacks, la imaginación es una facultad dual, es capaz de penetrar y reproducir la realidad en los aspectos más profundos y se manifiesta además como potencia inventiva (sustituye la realidad), un acto en que el ser participa plenamente y se hace a sí mismo por sus acciones.<sup>1</sup> Para Meyer Spacks, esta doble función en la adolescencia le sirve para descubrir la manera en que se estructuran los acontecimientos en las novelas y llegar a una realización tanto psicológica como literaria (Al 18, FI 5). En la novela *Nada*, la trayectoria existencial de una adolescente

se va desarrollando mediante algunos acontecimientos característicos del contexto histórico y la suma de acciones de la protagonista que revelan los pasos de su proceso de liberación. Tanto la edad como la historia de Andrea prometen una experiencia nueva que cubre etapas similares a las señaladas por Meyer Spacks sobre la modalidad adolescente, una forma particular de conocimiento que expresa hechos reales: “the mode of exploration, becoming, growth, and pain” (cit. por Meyer Spacks *AI* 3).<sup>2</sup> Andrea es la adolescente que responde a los desafíos de la vida y experimenta la dimensión espacial y espiritual de su condición análoga a la del estudio de Meyer Spacks sobre las mujeres que “dominate their own experience by imagining it, giving it form, writing about it” (*FI* 413). En el estudio seguiré estas pautas de acceso al mundo interior de la adolescente: la imaginación, la experiencia vivida y la escritura que se funden en *Nada* para expresar el ansia de emancipación que origina y mantiene el recorrido de autoconocimiento de la protagonista.

Andrea narra su historia en primera persona, al poco tiempo de ocurrir. Desde esta perspectiva se mezclan en la novela el tiempo pasado y el presente: experiencia y escritura. Laforet apoya el mundo imaginativo de la muchacha en un estilo directo que correlaciona las acciones con sus reacciones inmediatas. El lector, guiado por la narradora, recorre un camino en el que se encuentran alineadas fuerzas contrarias, interrogantes que debilitan la fe y situaciones que plantean el rechazo de las convenciones en favor de la rebeldía y del cambio. De esta manera, la novela se encamina de la inocencia a la experiencia o de la imaginación a la escritura, en un proceso dinámico que encierra la promesa del futuro y es la afirmación de la libertad y de la existencia.

El aprendizaje en la escuela de la vida es para Andrea un proceso que va perfilándose desde la noche de su llegada a Barcelona hasta la mañana de su salida final para Madrid. La novela se abre simbólicamente con un viaje marcando el principio del cambio dinámico en la vida de la muchacha. Es significativo que nadie la acompaña en esta primera experiencia. La sensación refrescante que siente se alimenta de sus fantasías infantiles forjadas en otra circunstancia, la de su vida anterior en el espacio cerrado del pequeño pueblo y del colegio de monjas donde recibió su educación. Según Meyer Spacks, esta ilusión juvenil se reconoce como una manifestación característica en el momento de contemplar el cambio que transporta a otra etapa de la vida: “Adolescence is a period of transition with little independent reality. It draws its meaning from the past and from its relationship to some future adulthood toward which it aims and unfolds . . .” (*AI* 51).<sup>3</sup> Andrea se ve involucrada en un mundo mágico en las calles de Barcelona, perspectiva que anuncia

su inminente transformación. Este ambiente nocturno compuesto de sensaciones e imágenes positivas va a chocar con el mundo de la casa en la calle de Aribau. Al cruzar el umbral, la adolescente ingresa en un territorio desconocido, irreal, fantasmal y poco acogedor. Al mismo tiempo, como señala Cooper, la puerta es el mecanismo generador de cambio y se asocia con “el ingreso a una nueva vida y con la búsqueda de refugio y amparo bajo la sombra protectora del poder femenino. Pero la puerta tiene la significación adicional de la esperanza, la apertura y la oportunidad . . .” (12).<sup>4</sup>

El entusiasmo inicial de la protagonista se disipa cuando encuentra a sus cuatro parientes—un desfile de fantasmas que perturba a la muchacha. Los ocupantes de la casa representan dos generaciones. En la primera está la abuela viuda y “decrépita” (14) que le abre la puerta a Andrea y que la mayor parte del tiempo vive apartada de la realidad de la postguerra. Su deseo de proteger la unión de la familia, a pesar de la miseria económica, disminuye por su debilidad senil. Los hijos de la abuela: Juan, Román y Angustias forman la otra generación. Para Andrea, el tío Juan tiene un aspecto espantoso con la “cara llena de concavidades, como una calavera” (14). La tía Angustias con una “cara oscura y estrecha” (15) no le inspira mucha confianza. El tío Román, ausente aquella noche, escapa momentáneamente de este mundo de pesadilla. Los hombres pelean entre ellos y Román, el más autoritario, domina a Juan. Por su parte, Angustias tiene ambiciones de dominar y dirigir los asuntos de la casa. Además de los parientes, Andrea conoce a Gloria, esposa de Juan, quien le parece una “mujer desgredada” (16). El sombrío cuadro se completa con la figura desagradable de la criada a quien acompaña su perro negro. Entre los críticos que subrayan el estado de decadencia física y moral de la casa como de un pequeño universo que reproduce la desorientación de la sociedad de posguerra, se destacan Marsha Collins (305), David Foster (94), John Kronik (198) y Michael Thomas (60). Sugieren que la anatomía de la casa, el amontonamiento de muebles, la suciedad, la falta de aire fresco y de luz revelan los conflictos de sus ocupantes que son simbólicos de la sociedad española de posguerra.<sup>5</sup> Además de mostrar una realidad devastadora, son elementos que atormentan a la muchacha y contribuyen a su rebelión futura. Al principio se manifiesta su repulsión por la necesidad de limpiarse, de quitar la suciedad que la rodea y por su búsqueda de evasión. La casa es un mundo separado de la vida exterior. Durante la primera noche en este ambiente incómodo, Andrea abre con dificultad una puerta que se comunica con una galería abierta. El mundo externo penetra en la casa por unos momentos y a través de la emoción que se apodera de ella se establece un primer contacto positivo de apertura: “Tres estrellas temblaban en la

suave negrura de arriba y al verlas tuve unas ganas súbitas de llorar, como si viera amigos antiguos, bruscamente recobrados” (*Nada*,19).<sup>6</sup> Estas estrellas representan la vía simbólica de comunicación entre los dos mundos, el espiritual de la adolescente y el externo que la invita de aquí en adelante a explorar y escapar de la influencia negativa del ambiente agobiador.

Las consecuencias directas de la guerra se reflejan en un esfuerzo vano para salvar las apariencias y encontrar solución a los apuros económicos. La casa es un campo de batalla en el que se enfrentan diariamente los parientes enseñándole a la muchacha aspectos desconocidos para ella sobre la naturaleza humana y creándole tensiones que la endurecen. Al principio, Andrea participa como testigo de este pequeño universo atormentador hecho de muestras de fracaso personal, de ansias de poder y dominación, de egoísmo y resignación. La personalidad imperiosa de la tía solterona afecta directamente a la joven a quien la intimida tanto el aspecto físico de Angustias como sus comentarios y conducta.

En la primera parte de su historia la narradora presenta los hechos que le niegan la posibilidad de desarrollo y que fortalecen su impulso de rebeldía. Es más bien el relato de su lucha interna. Los recursos narrativos de Laforet se ajustan al propósito de la adolescente y son análogos a lo que Meyer Spacks ve como elemento clave de la imaginación femenina en relación a su posible emancipación: “The severe opposition of fantasy and reality in this stage of life derives partly from the adolescent’s central problem: to find the proper balance between self and others. The self can dwell in fantasy, but others represent unavoidable reality” (FI 146). Esta etapa en la vida de Andrea es un intento inicial de apaciguar en su alma las emociones resultantes de los choques con la realidad y las restricciones que le impone su tía. Acertadamente Collins subraya que: “The conflict between the desire to control on the part of the authoritative figures and the heroine’s assertion of freedom introduces the existential motif of the relationship between Self and Other. Angustias, the Other, denies Andrea’s being by destroying her will and freedom” (299).

La existencia rutinaria de Angustias, marcada por un vacío emocional en el plano personal, se refresca con la llegada de la adolescente pues le ofrece una preocupación y su carácter autoritario encuentra un nuevo terreno para manifestarse. La solterona se aferra a esta oportunidad, asume un papel maternal, empeñándose en controlar y dirigir la vida de Andrea a su manera. Justifica sus restricciones presentándole la ciudad como una amenaza real para “una niña de buena familia, modosa, cristiana e inocente” (26). Pero cuando Angustias intenta comunicar

cariño o expresar sus emociones, infunde horror. La tía, que la llama “hija mía,” asume características de la “madre mala” semejantes a las indicadas por Deibe.<sup>7</sup> Siempre que debe enfrentar necesidades emocionales, la solterona obedece las convenciones sociales patriarcales rechazando cualquier intento de emancipación. Según ella, las normas sociales permiten a la mujer sólo dos alternativas, el matrimonio o el convento. Puesto que su matrimonio con Jerónimo es imposible, al final opta por el monasterio, decisión que es una lección viva para Andrea. El enfrentamiento de la joven con Angustias corresponde al choque con el mundo convencional que este personaje representa. La tía, ciega a la naturaleza sensual femenina ahogada en sí misma y reducida a las frustraciones cotidianas, se autocondena por ello.

En la etapa inicial de su vida en la casa, la imaginación de la joven se manifiesta en su relación con lo Otro—los miembros de la familia—las confrontaciones diarias, el resentimiento y el odio que la confunden cada día más. Las imposiciones y prohibiciones despiertan en ella una reacción que va gradualmente del asombro a la desesperación. Su única alternativa para lograr el escape es la rebelión. Mary Daly escribe sobre este momento que: “The beginning of liberation comes when women refuse to be ‘good’ and/or ‘healthy’ by prevailing standards” (65). Entre los familiares, la mujer de Juan, Gloria se acerca más a las aspiraciones de evasión de Andrea, pero carece de fuerza suficiente para obrar decisivamente y cambiar el curso de la vida apática en que se siente atrapada. En cambio, ciertos antecedentes de desobediencia que marcaron la vida anterior de Andrea la ayudan ahora. Cuenta que planeó salir a la gran ciudad, que fumaba sólo para molestar a la gente “para que me dejara venir a Barcelona por imposible” (39). En la casa, Angustias se escandaliza frente a las ideas de la joven pues le parecen un escape del ambiente familiar, una debilidad de su autoridad y una falta de respeto a la tradición.

De una existencia incómoda, gobernada por las restricciones, la joven pasa al mundo exterior complejo de la ciudad y las calles, de la Universidad y la gente que conoce allí. Esta nueva realidad, extensión del mundo interior, invade y trastorna la percepción inicial de Andrea sobre el mundo de sus parientes, seres inmaduros y por ello problemáticos. A la vez, las interrogantes de la adolescente, la tristeza que se apodera de ella y su rebeldía revelan el proceso inminente de autodescubrimiento. Para Meyer Spacks: “To define one’s value, discover identity, is a traditional undertaking of adolescence, made more difficult by the fact that many nominal adults have not achieved it” (FI 150). En el ambiente extraño de la casa se origina la añoranza de evasión o fuga hacia lo desconocido.

Es significativo para el desarrollo futuro de la adolescente examinar un extraño sueño que tuvo y que se activa cuando retrocede al pasado en la memoria. Con esta técnica Laforet encierra al lector en la subjetividad de Andrea. Se desarrolla mediante la participación de la conciencia de la joven protagonista interiorizada en la propia narradora madura. Como bien reconoce Deibe, se destaca la característica de la imaginación femenina de Laforet, quien por medio de Andrea, “a través de lo visto, o entrevisto, se pone a fantasear” (226). Este juego imaginativo en última instancia contagia al lector que se ve “obligado también a imaginar o anticipar acontecimientos” (226).

Este momento en la novela, forjado en un pasado de la familia y la guerra civil, revelado por diálogos entre la abuela y Gloria, condiciona la perspectiva de emancipación o salto que modifica la realidad de la adolescente. El suceso fomenta una lucha tumultuosa entre sus ilusiones que necesitan del mundo exterior para alimentarse y su fascinación por la casa y sus ocupantes. Los acontecimientos recientes y los del pasado de la familia contribuyen a configurar el ambiente y la anticipada desaparición de la realidad concreta para dar paso a unas fiebres que se apoderan de la joven. La enfermedad es la catarsis que anuncia un nuevo período en la vida de Andrea, el paso que sella su mundo anterior, el universo cerrado en que la inocencia y la imaginación han llenado su existencia proporcionándole un escape temporal de la realidad por falta de contacto directo con el mundo exterior y el de la familia. Desde este momento es imposible retroceder. En el estado anímico y la determinación de la joven se revela el renacimiento del ser que sirve como fundamento de una etapa nueva en su vida:

No sé a qué fueron debidas aquellas fiebres, que pasaron como una ventolera dolorosa, removiendo los rincones de mi espíritu, pero barriendo también sus nubes negras . . . El primer día que pude levantarme tuve la impresión de que al tirar la manta hacia los pies quitaba también de mí aquel ambiente opresivo que me anulaba desde mi llegada a la casa. (57)

Como reconoce Foster: “Andrea nunca se hunde totalmente en el ambiente de la casa; si así fuera el caso, nunca habría podido escapar” (95). Es verdad que las pequeñas libertades como fumar y tomar café en compañía de Román, y escuchar su música en la buhardilla, le infundieron cierta confianza y una incipiente sensación de independencia. En adelante, la casi calculada rebeldía hacia Angustias muestra su toma de conciencia y sirve como acto significativo hacia la emancipación. Como tal, el movimiento inicial de la adolescente es el anhelo de integrarse al mundo

externo, de vencer las barreras del espacio físico de la casa y de superar las limitaciones espirituales que sus parientes representan al negarle la acción. Las derrotas de la muchacha en el plano de la existencia concreta indican frustraciones momentáneas, pero no se trata de una resignación total ante la vida y este hecho es el signo positivo que posibilita el cambio futuro progresivo.

La evasión de Andrea que ocurre después de su enfermedad resulta de una lucha entre el viejo mundo que deja atrás y los nuevos elementos que va encontrando. En el proceso de asimilar los hechos existenciales pasa de la reflexión a la acción y este movimiento ilustra el poder de la adolescente que según Meyer Spacks "defines itself in relationship" (AI 46). El poder de la rebelión o intuición que guía a Andrea, la aparta del peligro de la desilusión moral, de las frustraciones que dominan la vida hecha de engaños de sus familiares, y se completa ahora con la considerable experiencia y la nueva perspectiva que le viene de los colegas de la Universidad.

Al principio, la vida fuera de la casa es para Andrea el mundo de la amistad en sus variadas manifestaciones y complicaciones. Esta alternativa de salida de la casa y de sí misma sirve como la única generadora de energía y de poder. Ella madura a medida que aprende a superar y sobrevivir el espacio caótico de la calle de Aribau. Empieza a gobernar sus movimientos, encara el conflicto entre la libertad personal (exploración del mundo externo: las calles y, en especial, el barrio Chino con la fascinación del peligro que atrae) y las restricciones de la tía Angustias que quiere defender la idea de "familia y hogar." Para Andrea ha llegado el momento decisivo de separarse de la presión familiar. Se da cuenta de su nueva fuerza: "El momento de mi lucha con tía Angustias se acercaba cada vez más, como una tempestad inevitable. . . . Me vi entrar en una vida nueva, en la que dispondría libremente de mis horas y sonreía a Angustias con sorna" (59).

Las interrogantes de la joven encierran las nuevas direcciones que exploran la vida y el propósito de la existencia. Investigar lo desconocido significa abrirse una vía nueva que es la promesa del futuro y despierta un nuevo interés en la vida. La sensibilidad artística de Laforet se revela en su habilidad de revivir este proceso lleno de obstáculos, a través de la subjetividad de Andrea, desde la posición de la narradora madura y comprensiva. El grupo de amigos funciona como un mecanismo que le abre los ojos ante las realidades de la vida chocante y llena de privaciones. Para filtrar las nuevas ideas de las consecuencias de la guerra que afectan a su familia y a sí misma, Andrea debe analizar hechos asombrosos y orientarse del grupo al individuo. Entre todos sus compañeros, ella siente preferencia por Ena, joven que sobresale entre los miembros de la

pandilla por su confianza en sí misma y por las cualidades de líder que despliega. La sensibilidad adolescente de Andrea necesita del apoyo de Ena para explicar su existencia dividida entre dos mundos: el de estudiante y el de la familia. Esta relación resulta en una serie de altibajos, su amiga acerca estos dos mundos opuestos debido a su atracción por Román, pero contribuye también a la separación definitiva de Andrea y su familia al final cuando la joven parte hacia Madrid.

Andrea como narradora recuerda las pruebas difíciles del recorrido a la madurez. Su conducta revela que la “adolescence is simply a transitional stage, a time of life when behaviors reflect less the person than the painful developmental change that that person is undergoing” (Offer, Ostrov y Howard, 120).<sup>8</sup> La joven protagonista quiere alejarse del ambiente de la casa pero Ena está allí para hacerla volver al mundo extraño. Sin embargo, este vaivén anímico fortifica a Andrea. Por su personalidad y conducta, Ena representa múltiples facetas de la vida que le muestra a Andrea una familia hecha a base de relaciones más sosegadas que la suya. En cierto sentido representa el lado inconsciente o las emociones dormidas de la muchacha; lo que ella quiere llegar a ser en el futuro. Este aspecto desconocido de Andrea se despierta poco a poco a medida que su amistad con Ena pasa por situaciones extremas.

En el plano de la casa ocurren hechos que intensifican la toma de conciencia de la joven. Una pelea familiar en el día de Navidad echa luz sobre las relaciones imposibles entre Angustias y Juan que culmina con la salida de Angustias para preparar su ingreso al convento. Este episodio acentúa la situación precaria de Andrea. Sus reflexiones inmediatas muestran madurez en la evaluación del mundo extraño al rechazar ahora a su tío Román. Presa en el dilema existencial, todavía a medio camino hacia su libertad, la joven se da cuenta en cada confrontación con la familia que ya no pertenece a este ambiente de miseria económica y espiritual. Por eso su “anhelo real de compañía humana” (93) responde a una intuición de que la amistad es la guía en el camino ya iniciado. La irreversible ruptura con las convenciones defendidas por su tía ocurre al acusarla ésta de rebelión por última vez:

Tú me has fallado, me has decepcionado. Creí encontrar una huerfanita ansiosa de cariño y he visto un demonio de rebeldía . . . Tú has sido mi última ilusión y mi último desengaño . . . Parece que hayas vivido suelta en zona roja y no en un convento de monjas durante la guerra. Aun Gloria tiene más disculpas que tú en sus ansias de emancipación y desorden. (102-103)

Las denuncias de Angustias muestran su impotencia para impedir las aspiraciones de emancipación de la muchacha y prueban el poder auténtico de la adolescente, el entendimiento que ha alcanzado y su triunfo. Con la partida final de la tía se completa un ciclo que simbólicamente ha empezado con un viaje y concluye con otro. Los dos recorridos son inversos. El emprendido por Andrea, del espacio cerrado del convento a la ciudad, queda abierto y se enriquece por la voluntad de la joven y el creciente conocimiento de sí misma y del mundo circundante. El otro viaje de Angustias, va del espacio cerrado que es la casa familiar a otro similar, el del convento. Muestra un aspecto de la degeneración moral general de la España de posguerra cuando el individuo se hunde en la resignación total ante la vida.

En la novela resalta el encierro como imagen negativa que se opone al desarrollo de la personalidad y que se debe eliminar en el proceso de madurez. Esto no significa que el camino futuro de la muchacha queda automáticamente libre. Una vez superadas las inhibiciones iniciales, pasando de la sumisión a la rebelión, Andrea ha logrado en cierta medida el escape espiritual tan soñado. Pero le falta dar el siguiente paso hacia la libertad.

Laforet acerca y contrasta el mundo interno de la casa y el externo, revive situaciones sorprendentes para forjar la vía nueva que conducirá a la joven a su salvación final. A través de las vacilaciones de Andrea comunica la naturaleza atormentada de la adolescente y sus reacciones ante la libertad que disfruta. En el ambiente familiar, entre sus nuevas amistades o con su amiga Ena, la protagonista confronta circunstancias inesperadas, restricciones que vienen de sus compañeros o de la sociedad. En el aprendizaje de la emancipación la fuente interior y el universo externo se desarrollan simultáneamente. En el plano interior, Andrea sigue atada al ambiente negativo que resulta ser su enemigo invisible pero poderoso. Realiza algunos cambios pero se da cuenta de que pese a haber logrado mayor libertad, los lazos con sus familiares (simbolizados por los objetos que ellos amasan en su cuarto) le niegan la independencia y truncan sus planes. Este contacto le proporciona frustración y resentimiento continuo. Siempre que trata con el mundo externo sus experiencias se enriquecen considerablemente. Andrea rechaza la relación amistosa con Gerardo porque ve en él el equivalente masculino de Angustias por los reproches y los comentarios autoritarios. En cambio, la familia de Ena funciona como un factor positivo porque le hace posible el conocimiento de relaciones basadas en el respeto y cariño. De esta muestra de amistad y acercamiento aprende lo que es el calor humano. Para la joven, la madre de Ena es la "madre buena," cuya figura maternal bondadosa se opone a la dureza de Angustias. A través de su

amiga íntima y por la relación de ésta con Román se mantiene vigente el vínculo entre la experiencia nueva y la tensión interior desbordante.

Cada paso en su recorrido es parte de un proceso trabajoso de liberación, progreso y madurez. Su decisión de sustraerse a los problemas económicos de la familia y de eludir las comidas en casa es otra prueba de su afán de independencia que le enseña la realidad concreta y las consecuencias del hambre en el período difícil de posguerra. Por momentos, la amistad es la fuerza espiritual que la llena. La joven siente el efecto agradable de la atención de Ena, de su exuberancia; ve en ella manifestaciones atrevidas cargadas de novedad sorprendente.

Con la presencia de Jaime, novio de Ena, Andrea descubre que la relación amistosa de la pareja es más de amor fraternal compartido con ella que una relación profunda de enamorados. Al relatar los encuentros que los acerca durante las excursiones de fin de semana, Laforet aprovecha situaciones antagónicas entre los jóvenes que resultan en cambios anímicos oportunos para entrever las alternativas hacia el futuro de la adolescente. La armonía y seguridad que ofrece Jaime se disipa durante la semana por el hambre que siente y por el descontento con sus familiares. Al mismo tiempo, las primeras muestras de fastidio entre las jóvenes amigas dan paso a reacciones contradictorias de atracción-rechazo y por la tensión que encierran, profundizan el juicio de Andrea. Más alerta, tiene momentos en que desaprueba el carácter dominante, a veces manipulador de su amiga. Al enfrentarse con Ena y Román en la casa, los dos mundos de la joven se tocan y se produce un nuevo avance. Andrea presiente un cambio inminente peligroso que brota del mundo interior, sus instintos toman control y proyectan una dimensión nueva de ella misma, la inocencia ha cesado. Este momento le da el empuje decisivo para la futura separación de los familiares. Como mediadora de la realidad, Ena mantiene vigente el vínculo entre las experiencias nuevas sucesivas y la tensión interior que se multiplica. Andrea se da cuenta de estar atrapada en un territorio indefinido, que tiene elementos mezclados de los dos mundos en que se mueve. Gracias al aprendizaje creciente, el encuentro de Ena con Román le parece la amenaza de ver estos mundos unidos en vez de forzar su separación. Nuevas interrogantes, el alejamiento de su amiga y la atracción inexplicable de ella por la personalidad de Román determinan reacciones de Andrea que van gradualmente de la resignación y soledad a la determinación y acción. Sobre este respecto, Spires ve la situación dentro de un patrón y subraya su efecto para el desarrollo de la conciencia de Andrea: "el patrón anulación/afirmación parece responder a la transformación de una muchacha ilusa, que se deja engañar tan fácilmente, en una mujer realista que acepta con equidad el carácter paradójico del ser humano" (32).

Andrea debe adaptarse a las nuevas circunstancias. Trata de remediar su aislamiento llenando el vacío con la amistad del grupo de bohemios. Por ser un grupo de jóvenes artistas, escritores y pintores, ellos representan la libertad de expresión alentada por la diversidad que reúne el conjunto. Para Andrea este ambiente es un refugio “confortable” (156) en cuyas reuniones se libera de la presión emocional causada por los problemas familiares y los relacionados con su amiga Ena. Las acciones positivas que marcan el camino emprendido hacia la independencia revelan aspectos alarmantes de la existencia desconfiada de sus parientes que pertenecen a un mundo insalvable. Desde otro ángulo, Laforet echa luz sobre el progreso de la joven y la necesidad vital de seguir reflexionando sobre su situación. A través de los comentarios de Ena que se empeña en defender su atracción por la casa de la calle de Aribau y sus ocupantes, especialmente Román, Andrea descubre que una conducta previsible no exalta ni conmueve la vida del individuo. A Ena le atrae el espíritu indeciso, contradictorio de Andrea debajo del cual palpita el deseo de libertad. Andrea se parece a la vida misma, al túmulo de los cambios y movimientos imprevisibles de la existencia que son una condición del progreso auténtico.

La joven ha madurado desde su llegada pero le falta la audacia para confrontar a toda la familia y trazar su propia ruta en la vida. Su participación directa en los problemas familiares ocurre cuando inicia la persecución nocturna por el Barrio Chino. En esta ocasión, la abuela, temerosa por las amenazas de Juan de buscar y matar a su mujer, le pide a Andrea que lo siga para salvar a Gloria. Su recorrido por las calles en un estado de máxima exaltación corresponde a la carrera simbólica en su propia vida. El Barrio Chino le recuerda una escena de carnaval en su niñez por los disfraces, la gente grotesca, la multitud de colores y el ruido, todo lo que configura la palpitación de la vida con su misterio. Representan los acontecimientos precedentes que anuncian un nuevo período. Laforet prepara cuidadosamente el momento de la caída de una máscara que ha llevado Gloria para aclarar el secreto de sus salidas nocturnas. Esta le parecía a Andrea el ser más independiente de la familia, pero representa una libertad truncada, sin posibilidad de progreso, jugaba a las cartas en casa de su hermana para mantener a su familia pero este limitado sendero emprendido le niega la salvación dejándola reducida al papel de madre cariñosa. Al lado de Juan, doblemente fracasado como artista y como esposo, no hace sino sellar para siempre su percepción de estar atrapada en el espacio físico de la casa. Para Andrea este suceso le aclara de nuevo que la familia no puede facilitar su liberación ni su recorrido hacia la madurez.

Impulsada a actuar decisivamente, Andrea reanuda sus vínculos con los bohemios dando otro paso en su trayectoria progresiva. Como apunta Ordóñez “Andrea is also forced to come to terms with the relationship between social status and womanhood, the classist restrictions on woman within bourgeois patriarchy” (72). En la última reunión del grupo, la llegada de la noche intensifica la atmósfera aglutinante y opresiva. Es entonces, en la víspera de San Juan, cuando Pons la invita a un baile en su casa y también a pasar el verano con él y su familia. Ignorante de relaciones sentimentales o amorosas, Andrea vive un momento de ensueño y su confesión revela la inocencia adolescente que en su evasión hacia la independencia no había buscado apoyo masculino. Además, la escena sensual que presencia desde su cuarto entre Gloria y Román, cuando vuelve a casa, añade a la atmósfera misteriosa de pasión y sensualidad que llena a la joven de aturdimiento y la colma de emoción. Su estado de excitación reaparece cuando narra ese momento reviviéndolo al examinarse en el espejo a la luz de la luna.<sup>4</sup> El objeto físico duplica su rostro y se desprende la imagen femenina como ente físico que se acaba de reconocer. Según Meyer Spacks la imagen repetida (el reflejo) en el espejo es crucial en las etapas de autodescubrimiento cuando la heroína busca un “center outside herself” (FI 62). Es lo que le ocurre a Andrea, en la fiesta en casa de Pons cuando se empeña en “almacenar ilusiones para esa escapatoria de [su] vida corriente” (214). Su imagen en el espejo refleja y contrasta lo ficticio del ambiente. Los colores de la imagen señalan una situación ajena a ella, como lo expresa claramente: “Me vi en un espejo blanca y gris, deslucida entre los alegres trajes de verano que me rodeaban” (219).

La ilusión de escape que le ofrecía Pons y que alimentaba su ser no se realiza. Andrea no se deja engañar con la alternativa de depender de otra persona; ya tiene el valor de dar el siguiente paso que es el de abandonar la fiesta. Su aparente derrota no es sino su futura salvación. Como subraya Thomas “she must ask herself, who and what is she? What direction is her life taking?” (67). Después de la fiesta, anda sin rumbo. Su entorno le parece pesado como la crisis que pasa, dejándola agotada. En el laberinto de las calles de Barcelona, donde se entrecruzan miradas, pensamientos y destinos, Andrea vive momentos desconcertantes por la desesperación que se ha apoderado de ella. Su vagar termina en la calle de Aribau y simbólicamente, en el momento de llegar cerca de la casa, se ilumina el farol frente al portal “como las facciones de un ser querido” (225). Este símbolo de luz o iluminación como guía de su camino se completa con la presencia de la madre de Ena, quien la espera como “la madre buena” para darle la dirección salvadora. Laforet se vale de la conversación en confianza y de tono íntimo entre las dos como el suceso

que marca el principio de la preparación emocional para el paso decisivo de Andrea. Cuando la madre le revela su propio paso de la inocencia juvenil a la madurez, semejante al de Andrea, la aconseja y orienta de manera indirecta. El relato de su pasión juvenil hace eco en el alma de Andrea, todavía alimentada de inocentes ilusiones. Como subraya Ordóñez: “The older and younger women parallel each other in their early misinterpretations about the nature of femininity, their deception and betrayal as women deluded by their overactive imaginations” (74).

La sincera confesión de la madre aumenta la confianza de Andrea y su capacidad de juzgar la situación familiar. Sale de su papel de espectadora al confrontar a Román por última vez. El estado de la naturaleza anticipa su propio estado anímico y su conducta. Su tensión nerviosa se refleja en las nubes “opresivas” (253) y en la caminata hacia el puerto. El olor del mar y el dolor de cabeza preparan el escenario para el combate que se acerca. Su tormenta espiritual está lista a estallar:

parecía que un hilo invisible tiraba de mí, al desenrollarse las horas, desde la calle de Aribau, desde la puerta de entrada, desde el cuarto de Román en lo alto de la casa . . . (255)

El hecho pone fin a las entrevistas entre Ena y Román. El esfuerzo que Andrea hace para salir de su angustia interior corresponde al estado de crisis liberador que la impulsa a intervenir y proteger a Ena de la posible agresión que la mirada y actitud de su tío sugerían. Andrea domina la situación, se libera de Román y empieza a salir de los límites estrechos de la casa. La pena que sufre por la impresión de que Ena no toma en serio el rescate del cuarto de Román, así como su escape hacia la Plaza de la Universidad son las pruebas concretas de la elevación interna de Andrea. La Universidad simboliza el centro externo de la joven, auténtico esta vez (diferente del que buscaba en el apoyo masculino en la fiesta de Pons). Al apoyarse contra la verja del jardín se refuerza la idea y el efecto de que este centro va a tener en su existencia futura ligada a la amistad. El reencuentro de las amigas en el mismo sitio y las lágrimas que se mezclan con la lluvia indican la purificación y la regeneración del afecto, la doble emancipación de ambas jóvenes.

La experiencia existencial de Andrea adquiere rasgos nuevos que evidencian sus últimos esfuerzos para cortar las ataduras invisibles que le impiden su independencia definitiva. Son dos los factores decisivos: la partida de Ena y su familia a Madrid y el suicidio de Román. La muerte de su tío es el acto final que cierra el ambiente a cualquier posible vía de integración con el mundo externo. Andrea reconoce que la carta de Ena desde Madrid con una invitación para trabajar en el despacho de su padre

le “había abierto, y esta vez de una manera real, los horizontes de la salvación” (293).

El progreso de Andrea en su viaje de autoconocimiento y emancipación que empezó ilusionada, a medianoche, un año antes se realiza con la salida hacia Madrid, por la mañana y acompañada por el padre de Ena. De la obscuridad nocturna a la luz matinal ella ve claramente un cambio. El tono algo descontento no es una visión negativa de su existencia en Barcelona, sino algo para explorar en otro ambiente y en mejor compañía:

Me marchaba ahora sin haber conocido nada de lo que confusamente esperaba: la vida en su plenitud, la alegría, el interés profundo, el amor. De la casa de la calle de Aribau no me llevaba nada. Al menos, así creía yo entonces. (294)

Este comentario final de la narradora no implica una experiencia negativa rotunda, sino que por el contrario, señala una base futura de voluntad, participación activa en la vida y madurez, cuyo resultado es la historia que Andrea escribe. Como sugiere Spire: “paradójicamente, al emplear la negativa, afirma que sí se ha aprovechado, y madurado, gracias a este año de aprendizaje . . . el signo negativo sirve para tachar la visión ilusa y afirmar la visión madura de la protagonista” (32).

Por un lado, debido a que el recorrido progresivo de la inocencia a la independencia ha consistido en una serie de pruebas agotadoras para la adolescente, en el momento de salir de Barcelona, ella no percibía los resultados del cambio futuro. Por otro lado Andrea, la persona madura que escribe más tarde sobre sus experiencias pasadas ocurridas en un escenario conflictivo por las condiciones de posguerra, se aparta de ese juicio inicial, dando a entender que la existencia proporciona las circunstancias necesarias para alcanzar las metas de la vida. Su escritura muestra que se hace cargo de sus experiencias y esto prueba en sí su emancipación. A través de la imaginación y del relato confesional, Laforet plantea una posibilidad de cambio y de esperanza que es la promesa del futuro. Un aspecto que se destaca en esta carrera hacia la emancipación femenina es el poder benefactor de la amistad.

## NOTAS

<sup>1</sup> Patricia Meyer Spacks desarrolla esta idea básica en sus libros *The Adolescent Idea* y *The Female Imagination*. En las referencias siguientes, estos

títulos se abreviarán *AI* y *FI*. Según Meyer Spacks la imaginación es un “slippery term, designating a power that penetrates the inner meaning of reality but also a power that creates substitutes for reality” (FI 4).

<sup>2</sup> Citado por Meyer Spacks del *New Yorker*, May 29, 1978.

<sup>3</sup> Cit. en Meyer Spacks de *The Adolescent Experience*, Elizabeth Douvan y Joseph Adelson (New York: John Wiley, 1966): 229.

<sup>4</sup> Además, Cooper explica el simbolismo de la casa como “la fuerza femenina envolvente y protectora, entrar en ella es entrar en el dominio femenino que además de brindar protección, proporciona el alimento que nutre y la vestimenta que da abrigo y calor” (13). La casa y sus familiares no le ofrecen a Andrea el refugio que esperaba. Ena y su familia representan el apoyo verdadero en el desarrollo de su personalidad.

<sup>5</sup> Varios artículos publicados sobre la novela subrayan el estado de decadencia física y moral; la casa es un pequeño universo que reproduce la desorientación de la sociedad de posguerra. Entre los críticos que desarrollan esta idea, se destacan Marsha Collins (305), David Foster (94), John Kronik (198) y Michael Thomas (60).

<sup>6</sup> Carmen Laforet. *Nada*. Barcelona: Destino, 1983. Todas las citas del texto son de esta edición. Indicaré sólo la página entre paréntesis.

<sup>7</sup> Carlos Deibe señala que Angustias “funcionaría como una ‘madre mala,’ que se opone a los deseos de emancipación del hijo” (222).

<sup>8</sup> Véase *The Adolescent. A Psychological Self-Portrait*, Daniel Offer, Eric Ostrov and Kenneth I. Howard (120).

<sup>9</sup> Cirlot señala que el espejo es un “símbolo de la imaginación—o de la conciencia—como capacitada para reproducir los reflejos del mundo visible en su realidad formal” (194). Citando a Mircea Eliade, Cirlot aclara que la luna es “el ser que no permanece siempre idéntico a sí mismo, sino que experimenta modificaciones ‘dolorosas’ en forma de círculo . . . ” (283).

## OBRAS CITADAS

- Cirlot, Juan-Eduardo. *Diccionario de Símbolos*. Barcelona: Labor, 1981.
- Collins, Marsha S. “Carmen Laforet’s *Nada*: Fictional Form and The Search For Identity,” *Symposium*, 38(Winter, 1984-85): 298-310.
- Cooper, J.C. *El Simbolismo. Lenguaje universal*. Ediciones Lidium: Buenos Aires, 1988.
- Daly, Mary. *Beyond God the Father: Toward a Philosophy of Women’s Liberation*. Boston: Beacon Press, 1973.
- Feal Deibe, Carlos. “*Nada*, de Carmen Laforet: La iniciación de una adolescente.” *The Analysis of Hispanic Texts: Current Trends in Methodology*, ed. Mary Ann Beck, Lisa E. Davis, et al. New York: Bilingual Press (1976): 221-241.

- Foster, David W. "Nada, de Carmen Laforet. Ejemplo de neo-romance en la novela contemporánea." *Novelistas españoles de posguerra*, ed. Rodolfo Cardona. Madrid: Taurus (1976): 89-104.
- Kronik, John W. "Nada y el texto asfixiado: Proyección de una estética." *Revista Iberoamericana*, 47, 114-17 (1981): 195-202.
- Laforet, Carmen. *Nada*. Barcelona: Destino, 1983.
- Offer, Daniel, Ostrov, Eric and Howard, Kenneth I. *The Adolescent: A Psychological Self Portrait*. New York: Basic Books, Inc., 1981.
- Ordóñez, Elizabeth. "Nada: Initiation into Burgeois Patriarchy." *The Analysis of Hispanic Texts: Current Trends in Methodology*, ed. Mary Ann Beck, Lisa E. Davis, et al. New York: Bilingual Press (1976): 61-78.
- Spacks, Patricia Meyer. *The Adolescent Idea: Myths of Youth and the Adult Imagination*. New York: Basic Books, 1981.
- \_\_\_\_\_. *The Female Imagination*. New York: Avon Books, 1975.
- Spires, Robert C. "Nada y la paradoja de los signos negativos." *Siglo XX*, 3:1-2 (1985-86): 31-33.
- Thomas, Michael D. "Symbolic Portals in Laforet's *Nada*." *Anales de la Novela de Posguerra*, 3 (1978): 57-74.